

TE QUIERO, HIJA.

Fue como intentar abrir una botella de cava por su base, y así lo hizo, literalmente. Cogió un martillo y golpeó el fondo de la botella, desparramando la bebida en el suelo, y no menos al intentar servirnos.

Sí, mi buen amigo Carlos no era un fiscal cualquiera. Le gustaba hacer las cosas sólo por el placer de romper esquemas y escandalizar; por ello también era tenaz, un perro de presa que mordía y no soltaba.

Aún recuerdo aquella celebración informal en el despacho, todos reunidos. Después de una tediosa investigación secreta, llena de prórrogas y malabarismos legales para convencer al juez de instrucción, lo conseguimos. Era la semana previa al juicio, y lo que teníamos entre manos iba a tambalear los fundamentos de la mismísima democracia. Cosas terribles, que no te cuento porque todavía eres joven y no quiero que te desencantes tan pronto de la condición humana.

No hay día que no lo eche de menos; lástima que nunca encontraron su cuerpo. En cuanto a mí, no me culpes de haber aceptado el dinero. Lo hice para protegeros, aunque me haya costado no verte más. Algún día entenderás.

Te quiero, hija.